

# Pasión por la ciudad, pasión samaritana

## Retos ciudadanos a la evangelización

Xavier Quinzà Lleó, SJ

*“Nuevas culturas continúan gestándose en estas enormes geografías humanas en las que el cristiano ya no suele ser promotor o generador de sentido, sino que recibe de ellas otros lenguajes, símbolos, mensajes y paradigmas que ofrecen nuevas orientaciones de vida, frecuentemente en contraste con el Evangelio de Jesús. Una cultura inédita late y se elabora en la ciudad. El Sínodo ha constatado que hoy las transformaciones de esas grandes áreas y la cultura que expresan son un lugar privilegiado de la nueva evangelización. [61](...) Se impone una evangelización que ilumine los nuevos modos de relación con Dios, con los otros y con el espacio, y que suscite los valores fundamentales. Es necesario llegar allí donde se gestan los nuevos relatos y paradigmas, alcanzar con la Palabra de Jesús los núcleos más profundos del alma de las ciudades. No hay que olvidar que la ciudad es un ámbito multicultural. En las grandes urbes puede observarse un entramado en el que grupos de personas comparten las mismas formas de soñar la vida y similares imaginarios y se constituyen en nuevos sectores humanos, en territorios culturales, en ciudades invisibles”*

Papa Francisco, Evangelii Gaudium, nn.73-74

El deseo del evangelizador no consiste en condenar el presente, sino en aceptar la realidad en que vivimos y orientarla hacia mayores cotas de humanización, según la Buena Noticia de Jesús. El peligro constante consiste en moralizar la realidad, sin hacer el intento de comprenderla desde ella misma.

El misterio de la Encarnación nos enseña que la salvación de la humanidad se realizó desde un Dios que se hizo ser humano. En ningún momento se negó la realidad humana sino que su salvación se obró desde un Dios que se hizo hombre, pasó por la cruz y ofrece la vida abundante. Es todo lo creado lo que se salva, pero no negándolo, sino asumiéndolo plenamente.

Por consiguiente, en esta reflexión se pretende hacer una lectura profética de lo urbano desde la realidad de la ciudad. Es decir: considerar aquellos elementos que apoyan o entorpecen la auténtica

realización humana, para ofrecer unas sugerencias que podrán orientar una labor pastoral en un contexto urbano.

## **1.- Pasión por la ciudad: una lectura cultural de lo urbano**

Más profundos e impactantes que los cambios exteriores que contemplamos, y que distinguen lo urbano de lo rural, son aquellos cambios en el interior de las personas y que, como no están a la vista, a veces cuesta reconocerlos.

Por cultura se entiende el significado grupal que se da a la realidad y, por ello, pertenece a la condición social del individuo. Así, toda cultura refleja la experiencia subjetiva de la realidad social, es decir, la comprensión y la percepción que los individuos tienen de los acontecimientos sociales. Veamos sus principales características.

### **1.1 Individualización ante una débil sociabilidad**

Una primera característica de la actual mentalidad urbana es la creciente individualización en el contexto de una débil sociabilidad. El proceso de individualización significa que cada persona define por su propia cuenta quién es, su propia identidad. Esto implica el ejercicio de la autonomía cuando el individuo define sus propios valores y toma sus propias decisiones.

La tradición y el parecer de los otros pierden su peso decisivo en el horizonte de los significados, mientras el ejercicio de la libertad predomina. De alguna manera, es el momento de la convicción personal más que de las costumbres sociales. El sujeto busca, elige, selecciona y organiza el horizonte de significados para otorgar orientación a su proyecto personal.

Sin embargo, este proceso de individualización ocurre justamente en un momento cuando la identidad social se encuentra enormemente debilitada. La ciudad produce una cuota de anonimato, donde cada vez más el otro deja de ser un vecino para transformarse en un extraño. Las relaciones sociales tienden a reducirse a lo laboral, buscando refugio en el pequeño grupo de amigos y en la familia. Hasta las distancias urbanas y el ritmo acelerado de la vida diaria producen un cansancio existencial donde el otro puede llegar a ser una intrusión amenazante en la propia privacidad.

La individualización crea diferenciación, pero estaría faltando un fuerte sentido de un mundo común donde cada individuo puede sentirse diferente, pero, a la vez, perteneciente a un grupo. Este fenómeno explica la angustia del individuo en una sociedad que considera ajena a él. El individuo se percibe como un ser huérfano en la sociedad. Nunca

ha sido fácil definir la propia identidad, pero en el contexto de una creciente ausencia de identidad grupal, esta tarea se hace aún más tormentosa.

Así, la riqueza de la diversidad individual puede degenerarse en una disgregación o fragmentación del tejido social, cuando no existe una instancia capaz de articular las diferencias en un mundo común, en significados compartidos, en un proyecto común de sociedad. Una aparente tolerancia puede esconder altos grados de indiferencia social y apatía grupal, debido a la incapacidad de construir un referente común entre todos los individuos. En este caso, se cae en una diversidad disociada en la sociedad.

## **1.2 La lógica del mercado y la cultura del consumo**

Una segunda característica de la mentalidad urbana es la lógica del mercado. El principio organizativo de la vida social se rige por la dinámica del consumo. La lógica del mercado y la cultura del consumo son inseparables y se complementan mutuamente. La pertenencia a movimientos sociales como factor de identidad personal ha sufrido un profundo cambio, porque cada vez más es la capacidad de consumo la que surge como la base de la construcción de identidades y de la búsqueda de reconocimiento social.

El individuo urbano se siente alguien en la medida que tiene algo (dinero, contactos, belleza, inteligencia, etc.), porque es la misma sociedad la que lo toma en cuenta en cuanto entra en la dinámica de la transacción material. Tanto es así que si uno no tiene, entonces hace de todo para aparentar tener y comienza a surgir una nueva categoría de la pobreza urbana: los endeudados de por vida.

La cultura del consumo no construye lazos sociales porque el otro es considerado como un rival en cuanto se entra en la lógica de la cantidad, que automáticamente distingue entre el que tiene más y el que tiene menos, haciendo del otro un eterno competidor, porque el más y el menos necesita del otro como rival para llegar a ser un referente válido de comparación.

## **1.3 Mediados por el contexto virtual**

Una tercera característica es la mediatización de la realidad por los medios de comunicación social. Las nuevas tecnologías de la informática y la predominancia del mundo audiovisual van cambiando el mapa mental de las personas urbanas. La televisión nos introduce a una realidad virtual donde desaparecen los límites espaciales y temporales. Además, se ha creado un nuevo espacio público, especialmente mediante el acceso a internet, que permite una comunicación sin la presencia física de las personas.

Esto también significa una cierta desmaterialización de la realidad social. El consumo conlleva una levedad del ser, la interacción con otros mediante las nuevas tecnologías permiten una comunicación de soledades (una comunicación sin rostro con un desconocido), el dinero es cada vez más virtual a través de las transferencias electrónicas y el empleo de las tarjetas. Pero, probablemente, son la televisión e internet las que constituyen los símbolos de la evanescencia de las relaciones interpersonales.

Este contexto virtual conlleva la preeminencia de la cultura de la imagen que afecta directamente los imaginarios colectivos de los individuos. Todos sabemos que "una imagen vale más que mil palabras", y "si no sales en la tele, no eres nadie en la sociedad". Esta cultura de la imagen está cambiando el tipo de argumentación de las personas urbanas, predominando lo afectivo, lo emocional y el impacto de lo instantáneo.

## **2.- Pasión samaritana: algunos desafíos evangélicos frente a la cultura de lo urbano**

### **2.1 La carta fundacional de valores en nuestra ciudad**

Uno de los grandes desafíos es la fragmentación ética y de valores que se observa en las grandes ciudades. La sociedad actual, caracterizada por la ausencia de un paradigma común, crea mayor soledad y hace de la convivencia un desafío de mutua tolerancia, pero muchas veces sin horizontes compartidos. De esta forma, el debilitamiento de la narración que une a la sociedad abre el camino a la inseguridad colectiva. Pero el pluralismo se nos abre también como oportunidad y posibilidad para intentar reparar la ruptura y lograr integración, mediante la complementariedad.

El peligro es que entonces, el vivir deja de ser convivir y se transforma en un dividir la sociedad en bloques irreconciliables, debido a una auto-referencia excluyente de cualquier preocupación comunitaria. En este estado de anomía, la ética se erige como un posible referente común capaz de comprometer a los individuos en sociedad a redactar una historia compartida, una carta fundacional de valores que posibilite el futuro para todos.

La pregunta es ¿cómo construir un marco de valores compartido en el contexto de una sociedad pluralista? ¿Cómo llegar a un acuerdo de valores como *carta fundamental* de la sociedad? La necesidad de compartir valores se impone por sí misma, porque de otra manera la sociedad se degeneraría en una dinámica de la ley de la selva donde el poder lo decidiría todo.

Por lo menos, se pueden señalar dos procesos que conducen a la misma meta. El primero es negativo, delineando los límites críticos que deben respetarse para evitar la ulterior fragmentación de la sociedad y recuperar la confianza básica constructora de la ciudadanía. El segundo es positivo, despertando el sueño de ideales que yacen en el corazón humano resistente a todo discurso que se limita tan sólo a lo pragmático.

La medida del mínimo moral (límites) o el horizonte del máximo ético (ideales), quizás no son caminos excluyentes, sino más bien complementarios y evolutivos atendiendo a la condición humana.

## **2.2 Superar proféticamente una actitud reactiva frente a lo que nos ocurre**

Un segundo desafío consiste en superar la actitud que va reaccionando frente a lo que va sucediendo para elaborar un discurso profético capaz de orientar los cambios que van ocurriendo.

Entre otras razones, se pueden mencionar la pérdida colectiva de sentido, la mayor conciencia de la vulnerabilidad humana y una vivencia incómoda en la actual sociedad (se habla de orfandad del ser humano contemporáneo).

La religiosidad está caracterizada por lo masivo más que por lo comunitario, por lo terapéutico más que la conversión, por lo cósmico más que por un compromiso social, por una divinidad difusa sin rostro más que un Dios personal. Así hay aceptación de valores pero desconfianza frente a normas concretas.

El peligro subyacente es que el idealismo ético permite proponer cambios a la realidad, mientras el realismo unilateral tiende a transformar y adaptar a las personas sin ulterior cuestionamiento. Si uno no intenta cambiar la realidad, la realidad seguramente lo cambiará a uno.

En medio del reconocimiento de las diferencias culturales, este interrogante cobra cada día más importancia. ¿Cómo salvar la autonomía personal sin caer en el relativismo individualista? ¿Cómo construir un proyecto universal, condición de supervivencia de la humanidad y del mismo individuo, respetando las diferencias? Este es uno de los grandes desafíos que enfrenta la reflexión y la vivencia profética de cara al futuro próximo.

## **2.3 Un discurso creativo sobre la pobreza y sus causas**

Un elemento de urgencia social dice relación a la formulación en torno al discurso sobre la pobreza y sus causas, que en su tiempo produjo

una reflexión conflictiva y de confrontación, pero también creativa, novedosa y motivadora. Surge un discurso en torno al eje de la solidaridad que se contrapone al mero paternalismo e indiferentismo social.

Antes, el esfuerzo ético se dirigía básicamente a probar la existencia de la pobreza masiva y ahondar en sus causas, ya que se cuestionaba el postulado de que la presencia de la pobreza tan sólo respondía a un fenómeno natural y casual. Ahora se nos plantea la urgencia de la superación de la pobreza como un desafío fundamental, porque responde a causas concretas e históricas, implicando la libertad y la responsabilidad humana frente a lo social.

Pero en la sociedad actual se tiende a percibir una brecha entre aquellos que se comprometen frente a esta realidad y otros que simplemente quedan indiferentes, fruto también del individualismo imperante. Si antes el paradigma ético era la parábola del Juicio Final (cf. Mt 25,31-46), ahora más bien es la parábola del hombre rico y el pobre Lázaro (cf. Lc 16,19-31).

A manera de conclusión se podría afirmar que el futuro de la sociedad va a estar marcado decisivamente por la capacidad de una propuesta profética razonada y dialogante. Más que nunca se necesita volver al sentido primero de la palabra ética: el esfuerzo honesto para hacer habitable el mundo, un hogar para todos sin excepción.

### **3.- Una propuesta profética de esperanza**

En el contexto de la fragmentación social y del pluralismo, nuestra propuesta consiste en una pastoral urbana de la esperanza que privilegie como valor principal la solidaridad, y como método pastoral el recurso al diálogo.

#### **3.1. Cultivar un corazón compasivo y solidario**

Los lazos interpersonales no se pueden construir sobre la tolerancia ni la indiferencia sino como resultado de una opción por el otro. La solidaridad compasiva no es un sentimiento efímero sino la decisión de asumir la interdependencia como un dato antropológico y, por ello, una correspondiente tarea de responsabilidad ética.

Amar y ser amado es la clave de la vida humana porque crea identidad y alteridad dentro de un espacio comunitario. El cariño es esencial en la vida. Por él, el ser humano aprende a perdonar, acoger, aceptar al otro en su diferencia y alteridad. En la ausencia del cariño brota la amargura que es auto-referente, sospechosa, destructiva de uno mismo y del otro. El cariño hacia el otro establece lazos comunitarios y abre



una ventana al futuro mediante el persistente sueño de una sociedad siempre más humana donde todos y cada uno tienen cabida digna.

La aceptación profunda del talante social cristiano, que define a la persona humana, abre el corazón del individuo hacia el otro con una preocupación por su bienestar. La realización del otro es la propia plenitud, porque en la entrega se encuentra la propia identidad. La ausencia de solidaridad sólo conduce al ser solitario.

Frente a la figura de un Caín que rechaza los lazos de sangre, asesinando a su propio hermano y lanzando la pregunta desafiante *¿soy yo acaso el guardián de mi hermano?* (Gén 4,9), se encuentra otra figura alternativa en Jesús de Nazaret quien asume los más débiles de la sociedad afirmando que *cuanto hacéis a uno de estos mis hermanos míos más pequeños, a mí me lo hacéis* (Mt 25,40). Mientras Caín desconoce a su propio hermano, Jesús se identifica con los más desvalidos haciéndose su hermano.

El significado más profundo del término solidaridad es asumir la responsabilidad del otro, hacerse cargo del otro. La mirada solidaria sobre el otro le devuelve el rostro verdadero al individuo que experimenta soledad y confusión en los contextos urbanos. En las grandes ciudades, el otro es cada vez más un desconocido, lo cual explica en parte la presencia de la violencia porque cuesta mucho menos hacer daño a un desconocido. Recuperar el rostro del otro resulta un desafío urbano urgente.

Es del todo evidente que esta opción solidaria, que se traduce en actitudes concretas frente a las situaciones cotidianas con sus consecuentes gestos, se fundamenta en una visión evangélica.

Esta visión va desde el mínimo del puro sentido común (hacer posible la convivencia ya que de otra manera la interdependencia se torna mutua destrucción), pasando por una filosofía de la reciprocidad (respetar al otro en su alteridad para construir una interacción entre identidades y alteridades), hasta una teología de la primacía del otro (la vida como servicio en un horizonte de caridad, es decir, amar a Dios en la concreción del otro y al otro a la manera de Dios).

Estos postulados se hacen verdad en la preocupación primordial por los más desvalidos en la sociedad, porque esta prioridad por el débil es la que asegura la autenticidad del horizonte universal.

Es decir, en la parcialidad se verifica y se comprueba la universalidad en cuanto la inclusión del excluido hace realidad la solidaridad para con todos. Negativamente, la presencia de excluidos niega una sociedad solidaria; por tanto, la inclusión es criterio de universalidad. Una

cultura solidaria piensa en términos de crecimiento con equidad, en un proceso siempre mayor de acceso a la igualdad de oportunidades.

### **3.2. Aprender a dialogar**

Esta cultura samaritana supone hombres y mujeres con corazón solidario, abiertos al diálogo con el otro, especialmente en un contexto pluralista, superando la comodidad y la ambigüedad de una actitud meramente tolerante, para abrirse al respeto del “otro diferente”.

En el diálogo se llega a conocer a la otra persona y, por tanto, a uno mismo, porque el diálogo no es una simple conversación neutra, sino una disposición para escuchar al otro en su alteridad, y revelar al otro algo de uno mismo. En otras palabras, se crea una situación en la cual los participantes consideran cada uno al otro como un interlocutor válido y digno de confianza, porque cada uno se siente libre para expresarse y se percibe escuchado por el otro.

El diálogo ayuda a crecer como individuo y, a la vez, crea comunidad porque se aprende a convivir en el respeto por el otro. Por ello, todo diálogo empieza como una conversación, pero lentamente los interlocutores van comprometiendo dimensiones más profundas, respetando a la vez las diferencias.

En una sociedad pluralista no existe tanto un centro cuanto una plaza pública donde confluyen distintas opiniones, y el proceso de socialización exige la convicción personal frente a la oferta de distintas opiniones, formas de vida y creencias.

Este entorno pluralista puede ser vivido en el diálogo (aprendiendo unos de otros), en el indiferentismo (todo da igual con tal que nadie moleste a nadie), o en el fanatismo (la imposición de unos sobre otros).

La convivencia, social e institucional, precisa de un proyecto común, de valores básicos y compartidos, justamente para poder convivir y realizarse, como individuos y como grupo. El quehacer de uno depende, e incide, en lo que hacen otros.

Vivir es comunicación: el espacio público no está para aislarse sino para comunicarse, y, por ello, no puede construirse sobre la desconfianza (aislamiento) sino sobre la confianza (apertura hacia el otro). Por ello, cuando en la sociedad toda diferencia termina en polarización y polémica, todavía se está en una sociedad donde aún predomina la intolerancia.

La finalidad última de la tolerancia es la búsqueda de la verdad entre todos. Renunciar a esta búsqueda es huir del mundo humano y perder la significación del otro en la propia vida, con la consecuente



destrucción de la convivencia por la pérdida de la propia identidad. Se pueden tolerar las ideas, pero sólo cabe el respeto hacia las personas.

Tolerar al otro no es soportarlo, sino aceptarlo y respetarlo. El respeto hacia el otro, en su alteridad, implica reconocer el misterio del otro frente al yo. Respetar al otro es el esfuerzo constante de abrirse a él. Respetar al otro es la disposición valiente de darle una segunda oportunidad sin clasificarlo en categorías estériles. Respetar al otro es comunicarse desde la propia identidad hacia la alteridad. Respetar al otro no es indiferencia sino compromiso.

El cristianismo da un paso más. Respetar al otro es amarlo. El amor cristiano tiene un referente preciso: Jesús el Cristo. Amaos como Yo os he amado, ya que nadie tiene mayor amor que el que da su vida para sus amigos (Jn 15,12-13). Vivir es desvivirse en el convivir para que el otro tenga vida. Esta opción es invitación divina y responsabilidad humana.

## **El futuro como esperanza: pasión por la ciudad, pasión samaritana**

El proyecto de sociedad (lo deseable) no puede prescindir del presente, porque sólo desde el hoy se hace posible un mañana. Negar el presente conduce a la añoranza y presupone una visión apocalíptica. Es preciso ser lúcidos en reconocer que el problema está en la decisión humana de marcar el rumbo de este caminar en nuestras ciudades. Es decir: en diseñar un futuro que movilice y atraiga.

La solidaridad asegura el contenido humano y el horizonte de este proceso, como también su universalidad mediante la protesta y la propuesta. Es responsabilidad nuestra contribuir a que nuestras ciudades se constituyan a partir de conductas que construyan una esperanza de futuro mejor para todos.

Una esperanza que se define por incluir la promesa en un futuro de novedad. Un futuro en el que se respeta la diversidad, el desafío de integrar, de no eliminar lo distinto en un proyecto común, y que, a la vez, incluya a los excluidos de siempre en la narración de nuestra pasión por la ciudad.